

Hablando de Caná, no debemos olvidar el campo de las espigas situado en una hermosa llanura á media legua de la ciudad, y es el lugar en que se encontró á los discípulos de Jesucristo comiéndose las espigas en dia de sábadó. Este campo, si bien que conservando su nombre, ha mudado de naturaleza, pues hoy dia no se encuentran en él mas que zarzales.

Jesucristo visitó muchas veces el pueblo de Caná, y su primer milagro en las bodas tan célebres contribuyó á la alegría inocente de los convidados y de entrambos esposos, impidiendo que el vino se agotase y dando á ese licor, al fin de la cena, una calidad superior á la que tenia al principio. Parece que quiso con su presencia dar nuevo brillo á la santidad del matrimonio que es el fundamento de la sociedad.

„La casa de esos afortunados esposos, santificada con la presencia de Dios, fué transformada por Santa Elena en una hermosa iglesia que subsiste todavía, pero que los turcos han convertido en mezquita. Esta iglesia, que es bastante grande, se parece á un inmenso comedor de cuarenta pasos de largo sobre veinte de ancho. La bóveda del centro está sostenida con columnas, de suerte que queda el templo dividido en dos naves; debajo está una capilla donde se guardaban las cántaras y donde se obró el milagro. Sobre la puerta se ve la figura de los sagrados vasos, ó por mejor decir, urnas, en que se habia puesto el agua que se trocó en vino.”

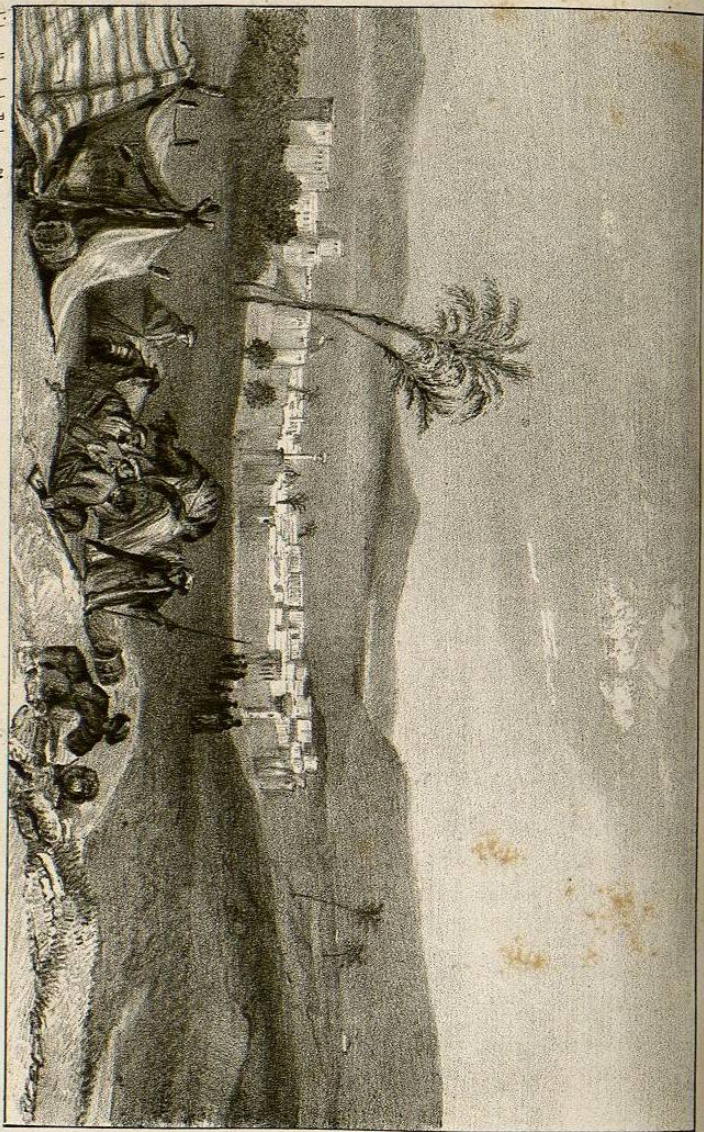
„Junto á una de las dos puertas de la ciudad se encuentra la fuente de donde dicen que se sacó el agua pa-

ra llenar las cántaras que sirvieron para el banquete. Esta fuente, que es muy hermosa y abundante, forma un arroyo que corre á lo largo del pueblo, cuyos jardines riega. Bájase á esta fuente por dos escaleras profundas, de manera que el agua es fresca y excelente.

Ya no se trata de un milagro que solo tuvo por testigos á los miembros de una familia reunida para una fiesta nupcial, sino que nos dirijimos á las orillas de un famoso lago.

Tal es el de Genezareth ó de Tiberiades, es decir, una especie de mar interior que en otro tiempo, segun dice el historiador Josefo, fué surcado por muchos buques. Las montañas que le rodean de todas partes, le ponen á cubierto de los vientos y de las borrascas, y su agua es sobremanera potable y fácil de sacar, pues no se encuentra en la orilla mas que una arena suave y fina. En sus orillas, famosas por tantos acontecimientos, se apareció Jesucristo á todos los apóstoles despues de su resurreccion, los dejó asombrados con una milagrosa pesca, tomó parte en su comida, y despues de haber preguntado tres veces á San Pedro si le amaba, y oido su respuesta afirmativa, le confió el cuidado de sus rebaños. Dirigiéndose despues á los apóstoles, les dijo: Id á predicar una moral enteramente nueva y opuesta á las humanas creencias: tal es la escena sublime de las orillas del lago Tiberiades.

Quedan tan pocas ruinas de las ciudades florecientes que orillaron ese hermoso lago, que apenas se han conservado sus nombres, y uno queda admirado leyendo



en Josefo que durante el sitio de Tiberiades ese historiador, que era al mismo tiempo general, se apoderó de todos los buques que se encontraban en el mar de Galilea, y reunió hasta doscientos treinta y dos: apenas se descubre hoy día ni una góndola siquiera.

Tiberiades, que dió su nombre al lago de Genezareth, era una ciudad situada en su orilla occidental, hácia la estremidad meridional, cuyo fundador fué Herodes Agrippa. Hoy día una multitud de ruinas atestiguan su antigua opulencia.

Las dos terceras partes de la poblacion se componen de judíos que hablan muy bien el alemán. Su sinagoga es reputada la primera de oriente, y sus rabinos pasan por muy instruidos. Sus correligionarios estrangeros acuden á ella llevados del mismo sentimiento de devoción que los atrae á Jerusalem. y con ánimo de acabar allí sus días. Es tradicion muy acreditada entre ellos que Jesucristo vendrá de Cafarnaum á Tiberiades, y se añade que los mas zelosos suben á un alto sitio y vuelven constantemente los ojos hácia las ruinas de la ciudad, de donde debe venir su Mesías, para anunciar tan fausto acontecimiento.

En las orillas de este lago fué donde se dió la famosa batalla de Tiberiades, tan fatal á los cruzados. La narracion de este combate, dado el 2 de Julio de 1187, es del mayor interes, y el lector la verá sin duda con dolor. Nada fija tanto un lugar en el ánimo y en la memoria como las circunstancias de un hecho memorable.

*Batalla de Tiberiades.*—Contra el parecer desintere-

sado del conde de Trípoli, el débil Lusiñan, rey de Jerusalem, amenazado por los sarracenos conducidos por el intrépido Saladino, que acababa de apoderarse por asalto de Tiberiades, dió la orden fatal de marchar contra el enemigo. Desalentados los soldados é inciertos como su gefe, dejaron con pesar su acampamento, presagiando una segura derrota. El ejército cristiano se adelantaba hácia Tiberiades, y marchaba en silencio al traves de la llanura de Batouf cuando divisó las banderas de Saladino.

El ejército musulman acampado en las alturas de Loubi, tenia detras de sí el lago de Tiberiades, cubria la cumbre de las colinas, y dominaba todos los desfiladeros por los cuales debian adelantarse los cristianos. Entónces los barones y los caballeros se acordaron del consejo del conde de Trípoli; pero ya no era tiempo de seguirle, y solo el denuedo de los soldados cristianos podia reparar la falta de los gefes del ejército; tomóse pues la atrevida y desesperada resolucion de abrirse paso al traves del ejército enemigo para llegar á las orillas del Jordan. El 2 de julio de 1187 los cristianos se alinearon en batalla y se pusieron en marcha; adelantábanse sus batallones en medio de una lluvia de piedras y de flechas lanzadas por los sarracenos. Pronto la caballería musulmana bajó de las colinas para disputarle el paso. No se rompieron las filas de los cristianos, ántes sostuvieron firmes la impetuosa acometida del enemigo. La voz de los gefes y de los sacerdotes, la idea de su propio peligro, y sobre todo la presencia de la verdadera cruz, sostenian

su ardor intrépido. Saladino dice en una de sus cartas, que los francos combatieron alrededor de la cruz con un valor extraordinario, y que la miraban como su mas firme apoyo y su invencible escudo. Sin embargo, tenian mas valor que fuerza, y como les faltasen agua y víveres, y les abrumase el sol, los mas robustos caian llenos de cansancio. Habian hecho prodigios de valor, pero empezaban á perder la esperanza de rechazar á los sarracenos, cuando la noche vino á separar á los dos ejércitos.

Los sarracenos estaban llenos de confianza. Saladino recorria las líneas de su ejército, y su presencia y sus palabras inflamaban el valor de sus tropas. Recibiéronle los musulmanes con aclamaciones, y en seguida colocó los archeros en las alturas, hizo distribuir cuatrocientas cargas de flechas, y dispuso sus tropas para que los cristianos se viesen cortados desde el principio de la accion. Por su parte los soldados de Lusiñan aprovecharon las tinieblas de la noche para rehacerse y preparar sus armas. Ya se animaban mutuamente á despreciar la muerte, ya levantaban los ojos al cielo, conjurándole á que desplegase todo su poder para salvarlos. Todavía amenazaban á los sarracenos que estaban cerca de ellos para poder oírles, pero siniestros pensamientos parecian quitarles toda esperanza de salvacion. Para disimular sus temores, hicieron resonar durante la noche en su campamento el ruido de tambores y trompetas. Por fin amaneció el dia, y con él se dió la señal de la ruina entera del ejército cristiano. Así que los francos descubrieron todas las fuerzas de Saladino, y se vieron

rodeados por todas partes, les sobrecogió la sorpresa y el miedo. Los dos ejércitos permanecieron por mucho tiempo á la vista en silencio, porque para principiar el ataque esperaba Saladino á que el sol alumbrase toda la escena. Levantóse á poco un viento fuerte que soplaba contra los cristianos y los cubria de nubes de polvo. Cuando el gefe moro dió la señal, se precipitaron de todas partes los sarracenos dando espantosos alaridos; al principio se defendieron bizarramente los cristianos, pero habiendo Saladino hecho pegar fuego á las yerbas secas que cubrian la llanura, las llamas los rodearon por todas partes y fueron para ellos otro enemigo mas terrible.

A pesar de que la confusion y el desórden penetraron en sus filas, no por esto se mostraron ménos terribles. Brillaban los aceros al traves de las llamas: por entre torbellinos de humo se lanzaban los mas valientes contra los batallones musulmanes: pero los mas inauditos esfuerzos de valor y de desesperacion no encontraban en todas partes mas que una resistencia invencible. Incesantemente volvian los cristianos á la carga, pero eran rechazados con brio. Llenos de sed y de hambre devoradora, no veian alrededor de sí mas que peñascos ardientes y el brillo de las espadas de sus enemigos. La montaña de Helim se elevaba á su izquierda, y buscaron en ella un asilo donde les persiguieron los sarracenos, y donde pudieron todavía rechazarlos hasta la llanura. El valor de que dieron muestra los templarios y los caballeros de la órden de S. Juan, hubiera salvado al ejército

cristiano si hubiese podido serlo, pero en estos momentos de crisis la verdadera cruz cayó en manos de los infieles salpicada con la sangre de los obispos que la llevaban. De repente, quedaron inmóviles de dolor y de espanto los que combatian todavía; unos tiraban sus armas, y otros se precipitaban contra las de los musulmanes. Ciento cincuenta caballeros agrupados al rededor del estandarte real no pudieron defender al rey de Jerusalem, y Lusignan cayó prisionero con su hermano Godofredo, con Reynaldo de Chatillon y con los mas ilustres guerreros de la Palestina. Raymundo, que mandaba la vanguardia del ejército cristiano, despues de haber peleado denodadamente, se abrió paso al traves de los sarracenos, y pudo llegar á Trípoli, donde poco despues murió de desesperacion acusado por los musulmanes de haber violado los tratados, y por los cristianos de haber sido traidor á su religion y á su patria. El hijo del príncipe de Antioquia, Reynaldo de Sidonia, el jóven conde de Tiberiades y un corto número de soldados, siguieron á Raymundo en su fuga, y fueron los únicos que se libraron del desastre de esta jornada tan funesta para el reino de Jerusalem.

Sobre esas mismas orillas sagradas no piensa Lamartine en el atroz triunfo de Saladino ni en la desgraciada suerte de Raymundo, y sí únicamente en el espectáculo pintoresco que se ofrece á sus miradas, y se entrega á las emociones religiosas que experimenta su alma.

Ninguno de nosotros, dice, abria sus labios, todos los pensamientos eran íntimos y profundos, porque los

recuerdos sagrados hablaban al alma de cada uno de nosotros. Tocante á mí, jamas ningun lugar sobre la tierra me habló mas deliciosa y fuertemente al corazon. Siempre me ha gustado recorrer los lugares que habitaron un dia los hombres que he admirado ó amado. El pais que un hombre grande ha habitado y preferido durante su tránsito por la tierra, me ha parecido su mejor y mas pura reliquia. Pero no era la mansion de un hombre grande ó de un gran poeta la que yo visitaba, era del hombre de los hombres, la del hombre divino. La naturaleza, el talento, la virtud y la divinidad encarnada era lo que yo venia á adorar en la tierra que pisó, en las aguas que le sostuvieron, en las colinas donde se sentó, y sobre las piedras donde reclinó su frente. ¡Sus ojos mortales vieron esas orillas, esas olas, esas colinas y esas piedras, ó por mejor decir, todo esto le habia visto; habia pisado cien veces este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés habian levantado el mismo polvo que los míos; aquí es donde calmó las tempestades, aquí es donde caminó por encima de las aguas dando la mano á su apóstol que temblaba como tiemblo yo: mano celestial de que tengo tanta necesidad como él entre la borrasca de las opiniones, de los pensamientos mas terribles!"

La grande y misteriosa escena del evangelio pasa casi entera sobre este lago y sobre las montañas que le rodean. Heos aquí el lugar de Emaús donde eligió sus discípulos entre los hombres mas vulgares, para probar que la fuerza de su doctrina procede de ella solo.

Ved mas allá Cafarnaum y el punto donde hizo el célebre sermón de la montaña; allí es donde multiplicó los panes y los peces: en una palabra, alrededor de nosotros está todo el evangelio, porque el Redentor venia aquí para descansar, para meditar, y para amar á los hombres y á Dios.

## CAPITULO IX.

